

Tercer Domingo de Pascua

1 de mayo de 2022

P. Lorenzo Amigo
Sacerdote Marianista

Apacienta mis Ovejas

La situación de la pandemia y de la guerra de Ucrania nos ha mostrado la urgencia del amor, del cuidado, de la misericordia y de la ternura que están en el centro del evangelio. En la medida en que van apareciendo problemas nuevos y de gran envergadura, se necesita también una manera nueva de tratarlos. Por primera vez se está tomando conciencia de que los retos son de tal magnitud que para responder a ellos hay que **movilizar a toda la Iglesia** y no sólo a la jerarquía. De ahí la propuesta de todo el pueblo de Dios, pastores y fieles juntos sea protagonista de la tarea de la evangelización. Esa sinodalidad incluye también a todos los hombres de buena voluntad, creyentes y no creyentes, que en este momento se están movilizando para acoger a los refugiados.

Jesús quiso confiar su Iglesia a una persona que mereciera su confianza, una persona de la que estuviera seguro que iba a tratar bien a sus ovejas y sus corderos. Para ponerla prueba no le pregunta si ama a esa Iglesia que le va a confiar. Jesús sabe que sólo amará a ese rebaño si ama al **señor del rebaño**. Por eso le hace por tres veces la pregunta más que directa: ¿**me** amas? Si no se ama al Señor es difícil amar a su Iglesia. Muchos dirán que aman al Señor, pero no a la Iglesia que tenemos. Jesús, sin embargo, ama a su Iglesia y se entregó por ella para purificarla y poderla presentar ante sí sin arruga ni mancha.

Sin duda se trata del examen definitivo (Jn 21,1-19). “En el atardecer de la vida te examinarán sobre el amor” (Juan de la Cruz). El examen era muy fácil pues se trataba de responder simplemente “sí”, o “no”. Pero la pregunta era difícil: “¿Me amas más que éstos?”. La pregunta había dado en el clavo. El amor consiste más en **obras que en palabras**. Sin duda alguna que se trata de no hacer mal a los demás, pero sobre todo el amor se expresa en hacerles el bien. Y el amor es concreto, afecta a la persona concreta.

Pedro no se atreve a compararse con los demás y afirma simplemente que Jesús sabe que Pedro quiere. Jesús parece estar de acuerdo y le confía su rebaño. Pero de pronto Jesús repite de nuevo la pregunta ya sin hacer comparaciones.

Pedro dice lo mismo y Jesús sigue confiándole su Iglesia. Pero cuando Jesús pregunta por tercera vez, Pedro se da cuenta de que Jesús ha cogido el argumento por donde más duele. Su amor a Jesús no había sido capaz de superar sus **tres negaciones**. Ahora parece que el Señor le está pasando la factura. Pero Pedro responderá lo mismo y el Señor le confiará su Iglesia.

Queda ya poco del Pedro impetuoso y bravucón. Ha ido aprendiendo dolorosamente la lección. Eso le irá preparando para el futuro, para ser más fiel en el seguimiento. Un día será viejo y será conducido al martirio como prueba del amor por el maestro. Es ahora cuando Jesús pronuncia la palabra de siempre en sus llamadas: "Sígueme". Pedro está ya listo para su segunda llamada y para seguir a Jesús, aunque esto le llevará al martirio, donde uno ya no tiene más **la iniciativa** de su vida sino los demás deciden por uno. En el fondo Pedro va aprendiendo que no es uno el que lleva las riendas de la propia vida, sino que hay otro que nos va guiando. Probablemente se trata de hacer más y hablar menos.

Sin duda que, en su misión, Pedro tendrá que hablar de Jesús, (Hech 5,27-32.40-41) y ser su testigo. Pero no es él el personaje importante sino el Espíritu Santo que Dios da a los que le obedecen. Pedro ha ido aprendiendo poco a poco **la obediencia**. Pero se trata de obedecer antes a Dios que a los hombres. Su vida ya no va depender de sus propios impulsos sino de lo que Dios le vaya indicando. Pidamos en esta Eucaristía encontrarnos con el Resucitado y responder a su llamada a seguirlo. Pidámosle mostrarle nuestro amor amando a los demás.